A LA HORA DEL TÉ

Hacía tiempo que compartían las tardes, sin saberlo. Él era el primero en llegar y ocupaba su mesa de siempre, de espaldas a la puerta y de frente a la barra del bar, sobre la cual había un gran espejo, que no terminaba nunca, levemente inclinado hacia adelante. Desde su mesa, levantaba la vista y el espejo le devolvía un panorama completo del café, incluyendo la puerta y los ventanales a la calle. Llevaba años con su rutina de las tardes. El mozo seguía siendo el mismo y le servía su americano negro, sin preguntarle. En general hablaban poco. Su rutina incluía leer *La Nación* en detalle y hacer algunos crucigramas, hasta que se aburría.

 Pero un día llegó ella para instalarse también todas las tardes y romper su rutina. La primera vez, se sentó en una mesa detrás de él, a la derecha, vista desde el espejo. Salvo que esa mesa estuviera ocupada, siempre elegía la misma.

 Ella solía llegar a la hora del té, pero siempre pedía lo mismo: un café con crema y un scone. Era alta, delgada, con el pelo totalmente blanco y ondulado, siempre impecable y ligeramente maquillada.

 El consultaba su reloj y alrededor de las cinco, empezaba a mirar por el espejo, esperando a que se abriera la puerta y ella entrara.

 A él siempre le habían gustado los espejos, no para mirarse, cosa que de hecho en general no hacía, sino para ver la imagen reflejada de los otros y del mundo en general. Probablemente si hubiese optado por cambiar de mesa para poder mirarla de frente, su interés por aquella mujer no hubiera sido el mismo.

 Le parecía que tenían más o menos la misma edad, que era la del retiro y el decoro.

 Ella tenía su propia rutina: llevaba en la mano un cuaderno negro, de tapa dura, en el cual escribía dos páginas antes de irse. Siempre usaba estilográficas, pero de las buenas, como si fuera una coleccionista. A él le daba mucha curiosidad aquella escritura.

 Había calculado que se estaba cumpliendo un año desde que la vio por primera vez. La observaba tanto por el espejo que ya podía diagnosticar si ella estaba de buen humor o no esa tarde, como un buen marido. Se preocupaba si una tarde no la veía, ni hablar si la ausencia se repetía.

 Tantas veces pensó en dirigirle la palabra, presentarse...No era que no se animara, sino que no quería romper el hechizo que él mismo se había fabricado.

 ¿Y si ella tenía malos modales? ¿O si era depresiva y le contaba todos los dramas de su vida? O peor: ¿si había tenido una vida plena y exitosa y él quedaba tecleando?

 Para qué arriesgar con la realidad si su fantasía era maravillosa. Todo lo que tenía que hacer era levantar un poco la vista y mirar por el espejo.

 Más de una vez había pensado en seguirla a la salida del bar para ver dónde vivía, si efectivamente ella era del barrio o iba a hacer tiempo al bar por cualquier otro motivo. Nunca se atrevió: no era una travesura para un hombre de su edad.

 Sí había pensado un nombre para ella y le parecía que el que mejor le quedaba era: Elena. “Su” Elena, al menos de lunes a viernes, después de las cinco.

 Era inútil pedirle información al mozo, porque ella nunca conversaba nada con el buen hombre que parecía agradecido al respecto.

 Él sí se ocupaba de señalarle al mozo cuando le parecía que el espejo estaba sucio y en general, para la tarde siguiente, el gran espejo brillaba.

 Pero una tarde de octubre Elena no fue al bar y a la tarde siguiente tampoco, ni la siguiente, ni las tardes de la semana posterior, ni las tardes de noviembre.

 Él se desesperó, preguntó a todo el mundo en el bar; al florista de la esquina; al del puesto de diarios de enfrente...nadie la había vuelto a ver ni tenía un solo dato de Elena.

 Cómo se arrepentía de nunca haberle hablado, de no tener forma de ubicarla. ¿Y si era extranjera y se había vuelto a su país? No tenía sentido ensayar respuestas, que podían ser infinitas.

 No pudo volver al bar: no soportaba la idea de mirar por el espejo y nunca más ver entrar a Elena.